



UNO

NACÍ MUERTA.

Antes de que los dioses consideraran concederme la vida. Antes de que mi madre entregara su alma para salvar la mía.

Quizás haya sido ese primer encuentro con la muerte lo que me ha hecho ser tan insensata. Quizás ha definido mi percepción de la vida misma y me ha predispuesto a tomar decisiones que otras personas en su sano juicio evitarían.

Pero hasta yo debo admitir que esta es una idea pésima. Debe ser la peor idea que he tenido.

Los brazos me tiemblan por la fuerza del éter que intenta atraer mi cuerpo de vuelta a tierra firme. Los dedos me duelen por enterrarlos entre las piedras y la argamasa. Corre un hilo de sudor por mi columna hasta formar un charco en mi espalda y otro cae desde mi frente acalorada.

Ignoro todo y me esfuerzo por ir más arriba. Una mano tras otra.
Una inhalación estabilizadora tras otra.

El viento acaricia mi piel mientras me aferro al muro de la torre, no amenaza con hacerme caer, sino que promete atraparme si lo hago. Pero, a pesar de la seguridad de la sensación, mi corazón da un vuelco cuando la punta de mi sandalia resbala de su nueva posición.

Respiro hondo, reafirmo el agarre y, con toda la determinación posible, me acerco al muro y busco desesperada otro apoyo para el pie. El corazón acelerado retumba en mis oídos con cada segundo que pasa hasta que mi sandalia encaja en una nueva saliente en la superficie. Me sostengo con cuidado hasta estar segura de que resistirá y, cuando lo hace, suspiro con alivio y poso la frente contra la piedra caliente por el sol.

La altura no es lo que me asusta. Tampoco el peligro de caer, sino el hecho de que se me acaba el tiempo.

Que no te vean.

Esa era la orden.

Escalar la torre más alta en Los Tormentos tal vez no sea la mejor estrategia, a menos que conozcas sus secretos tan bien como yo.

Todos los días, cuando se pone el sol y la luz de la tarde ilumina este muro, los ladrillos pintados de blanco se encienden como un faro. Entonces, si alguien intenta mirarlos con demasiado detenimiento o por mucho tiempo, sus ojos se llenan de lágrimas y se le empaña la vista, por lo que es imposible mirarlo y poco probable ver a una figura solitaria trepando por aquí. Y la ropa blanca que traigo ayuda con el camuflaje.

Pero nada de esto servirá si me tardo demasiado. El sol pronto se pondrá y perderé mi oportunidad.

Con ese pensamiento esclarecedor en mente, miro hacia la ventana del séptimo piso a poca distancia sobre mí, cuyas persianas arqueadas

están abiertas para invitar a la brisa fresca. Resisto la sonrisa victoriosa que intenta desplegarse en mi rostro y evalúo las grietas que resaltan como cicatrices oscuras en la piedra para trazar el resto de mi ruta de ascenso.

Y vuelvo a moverme.

Tardo unos minutos de latidos fervientes en llegar al alféizar de la ventana, en los que el brillo blanquecino de la torre se desvanece a cada paso. Hago una pausa de todas formas, cierro los ojos y presto atención a los sonidos del interior.

Se oye un hermoso silencio.

Suelto el aire, alcanzo el alféizar con una mano y luego con la otra. Mi estómago se revuelve al despegar los pies de la pared y levantarme para ver hacia adentro. El brillo suave del sol detrás de mí baña la habitación y hace que el escaso mobiliario proyecte sombras en las esquinas. Hay tres hombres en el centro de la habitación, cuyas sombras son las más largas. Su atención está en la puerta.

Reconozco al hombre del medio. Con el cabello rapado, la figura alta y esbelta y las manos unidas en la espalda, el maestro Avetoro parece un soldado montando guardia. No reconozco a los otros dos hombres, pero sus túnicas blancas develan que eso se debe a que pasan la mayor parte del tiempo reclusos en los archivos.

Han desplegado el contenido de una variedad de bolsos y morrales en el escritorio de ciprés pulido frente a ellos. Un recuento rápido de ellos confirma que no soy la última en llegar.

Gracias a Noto.

Con brazos temblorosos y mordiéndome los labios para contener un quejido por el esfuerzo, me impulso hacia arriba. Me seco el sudor de la frente con la manga y me pongo en posición sobre el alféizar:

una pierna flexionada, la otra colgando y la espalda pegada al muro de piedra.

La imagen de la despreocupación.

Recién cuando libero el bolso de mi cinturón y los elementos en su interior resuenan, los tres hombres voltean. Debo controlar el impulso de poner los ojos en blanco ante las miradas sorprendidas de los dos de túnica blanca. En su lugar, los mantengo fijos en la figura de autoridad.

—Qué gusto tenerte con nosotros, Polluela —dice su voz áspera, que dispara un escalofrío familiar por mi espalda y hace que mis ojos bajen a la línea de piel pálida y rugosa alrededor de su cuello.

El maestro Avetoro es una leyenda en la orden, y la historia sobre como casi fue capturado en el Norte es la lección más popular sobre la seguridad de las sombras. Los rumores dicen que enfrentó solo a diez soldados arkhadianos y que, durante la contienda, sufrió una herida despiadada en el cuello. Aunque el ataque no acabó con su vida, le provocó un daño irreparable en las cuerdas vocales. Cuando por fin consiguió volver a Los Tormentos, dejó su posición como soldado y asumió la responsabilidad de entrenar a nuevos reclutas.

El espía maestro avanza, me esquivo y se inclina más allá de mí para mirar hacia abajo. Sus cejas se elevan cuando lo hace, de forma tan sutil que dudo de lo que vi, pero el resto de su rostro permanece impassible.

—Cualquiera pensaría que buscas tu muerte, Aella —pronuncia mi nombre en voz tan baja que los demás no debieron escucharlo, pero mi mirada se desvía con nerviosismo hacia ellos de todas formas.

Pocos miembros selectos del Aviario conocen mi verdadero nombre. De hecho, son tan pocos que puedo contarlos con los dedos de una mano.

—No es la primera vez que me lo han dicho, maestro —respondo al confirmar que los demás no escucharon.

Y dudo que sea la última.

El maestro Avetoro tararea por lo bajo y no me da tiempo a pensar en el brillo atenuado en mi pecho, pues toma la bolsa de mi mano y vacía el contenido en su palma abierta. Allí caen una pluma negra con bordes dorados, una cadena pesada de oro con un colgante circular y un cuchillo arrojadizo afilado. El maestro elige primero la daga, que levanta para que todos la vean. Detrás de mí, escucho una pluma correr sobre un pergamino, pero mantengo la vista en el hombre frente a mí.

—Es uno de los cuchillos del maestro Halcón —digo, señalando las letras irregulares talladas en el mango.

“M. H.”.

El maestro de armas valora sus cuchillos por sobre todas las cosas. He oído al menos de tres personas que han intentado robarle uno durante sus pruebas finales en los últimos años. Mi éxito de hoy se debe más a que el maestro Halcón estaba distraído preparando una tarea que a mis habilidades.

El maestro Avetoro inclina la cabeza y le entrega el cuchillo al hombre de túnica blanca detrás de él. Después elige la cadena, que extiende colgando de sus dedos. El amuleto circular gira en la punta y refleja los rayos del sol que se cuelan por la ventana por la habitación. Cuando queda de frente hacia mí, revela la estrella de cuatro puntas sobre un triángulo invertido tallada en la superficie.

—El *símbolo* del sumo sacerdote de Noto —explico con cierta petulancia en las palabras.

No puedo evitarlo. El hombre casi nunca se lo saca, y tuve que

observarlo durante semanas para identificar los momentos en los que lo hacía. Y otra semana para conseguir una réplica exacta.

El maestro Avetoro me mira con una ceja en alto, un gesto en su rostro estoico que dice que él también sabe en qué momentos el sumo sacerdote se saca su *símbolo*. Me estremezco al recordar imágenes de la casa de baños del templo –vapor que asciende desde el agua, pero no alcanza a cubrir los kilómetros de piel avejentada.

El estremecimiento se convierte en escalofrío.

Al igual que hizo con el cuchillo, el maestro le entrega la cadena y el amuleto a su secuaz sin decir una palabra y continúa con el último objeto.

La pluma.

Su expresión no cambia, pero sus ojos penetran los míos con una intensidad que hace que mi corazón se acelere y que me suden las manos. Se me seca la garganta y borra la fanfarronería anterior. Tengo que tragar varias veces antes de conseguir articular palabras.

–Una pluma –comienzo mientras reúno valor para continuar–, de la oficina del Águila.

El pergamino se desgarra con un sonido que resuena en el silencio tenso que invade la habitación. De reojo, veo como los ojos de los otros dos hombres se amplían y luego parpadean como búhos. En un rincón distante de mi mente, reconozco lo apropiado de ese movimiento mínimo.

Los tres hombres se alejan de mí y se reúnen con las cabezas inclinadas para hablar en murmullos presurosos. Los observo mor-diéndome el labio inferior.

“Debes robar tres objetos de importancia y volver al Aviario. Que no te atrapen. Que no te vean”.

Esa fue la orden. Mi prueba final.

La seguí al pie de la letra, pero tal vez llegué demasiado lejos.

El Aviario, al igual que cualquier lugar, tiene una jerarquía.

“Polluelo” es el término que designa a los estudiantes de la orden que realizan su entrenamiento antes de la ceremonia de Bautizo, en la que se convierten en Aves Cantoras y comienzan a realizar misiones a lo largo de Los Empyrieos. Las Cantoras son exploradores, espías y, a veces, ladrones. La orden ha infiltrado una red de ellos a través de Los Tormentos y de las tierras más allá del Mar de Solorai, para que observen y escuchen la composición de canciones dentro del reino y reporten sus descubrimientos. Luego están las Aves Nocturnas que, al igual que las Cantoras, se ocupan de revelar los secretos de Los Empyrieos, pero ellos cuentan con una habilidad más letal. Los Búhos son los guardianes del conocimiento, que registran toda la información recibida por el Aviario y sirven de consejeros. Y, en la cumbre de la orden, las Águilas son los reyes supremos.

Tras la Guerra de los Dioses, mi bisabuelo creó el Aviario. En medio del nacimiento de nuevos reinos del caos y la destrucción, él creyó que, para que nuestras islas prosperaran, debíamos tener ventaja sobre los demás.

Y esa ventaja era la información.

La orden nació a partir de esa creencia y la idea creció apoyándose en la importancia de las criaturas emplumadas que surcaban el cielo en aquellos años. Se volvieron vitales para los habitantes de Los Tormentos, usadas para enviar correspondencia entre los reinos, para rastrear tormentas o cazar cardúmenes. Según nuestras creencias, Noto, dios del sur y del viento veraniego, nos envió compañeros alados como bendición.

Como regalo.

Si los dioses estaban tan preocupados por nuestra supervivencia, tal vez no debieron comenzar una maldita guerra.

Hago a un lado ese pensamiento, a tiempo para detectar la elevación minúscula en la comisura de los labios del maestro Avetoro cuando gira hacia mí. El alivio me baña como la primera lluvia refrescante después de una temporada de sequía.

—Eso es todo, Polluela —anuncia al dejar la pluma sobre el escritorio—. Tu botín es impresionante, cuanto menos.

Bajo de mi puesto en la ventana e inclino la cabeza, aunque los otros dos hombres evitan mirarme, como si ser asociados conmigo pudiera exponerlos a la ira del Águila.

Para ser justa, podría suceder.

Atravieso la habitación con pasos rápidos hasta la manija de la puerta, pero se abre antes de que pueda hacerlo yo. Retrocedo cuando una joven entra exaltada, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de emoción incontenible. La ropa de algodón harapiento, los pies descalzos y el cabello enmarañado la hacen parecer una mendiga.

Pero esa es la idea, por supuesto.

Nadie sospecharía que una niña andrajosa está espiando sus conversaciones. Y no es difícil enseñarle a un Polluelo a actuar como huérfano cuando la mayoría lo son antes de que el Aviario los tome bajo sus alas.

Mendigos, huérfanos o niños como yo.

Indeseados.

Mi pecho se cierra, igual que mi mano sobre la manija de la puerta, pero me fuerzo a ignorar la sensación y a abrir un dedo a la vez. Esos sentimientos no me sirven de nada ahora. Pertenecen al fantasma de

la chica que fui, a la que su padre se rehúsa a reconocer. A la que culpa por los restos esqueléticos de un alma a la que se han llevado demasiado pronto. No a la mujer que soy hoy.

Esos sentimientos no hacen más que debilitarme y no puedo permitirme ser *débil*.

Así que mantengo el cuerpo lo más quieto posible y observo como la chica se para en puntas de pie y el maestro Avetoro se acerca a ella. Justo cuando abre la boca, una ráfaga de viento que entra por la ventana trae sus palabras susurradas hasta mis oídos.

—*El Ruiseñor* atracó... la Bandada Alfa ha vuelto...

Sin emitir sonido, salgo por la puerta rumbo a las sombras.